

Estas palabras alimentan una de las tres virtudes fundamentales de nuestra fe, es decir las virtudes teologales, que son las columnas maestras de nuestra existencia de fe.

En particular, en este momento histórico, en el tiempo que nos ha tocado vivir, la virtud de la esperanza es el motor, el que nos sustenta a lo largo del camino que tenemos que recorrer.

Con la fe se empieza el camino, la caridad lo concluye, la esperanza permite realizarlo.

Entonces, estas palabras de Nuestro Señor quieren purificar nuestra esperanza, para que no se desanime a lo largo del camino y no se confunda, para que sea capaz de comprender que el gozo, la confianza y la presencia de Dios pueden existir también en el medio de la tristeza y que hasta la tristeza es necesaria en nuestra vida.

La mujer sufre antes de dar a la luz, dice San Pablo; es un sufrimiento muy necesario, pero una vez nacido el niño, siente sólo el gozo en su corazón.

Así pasa también a nosotros: el sufrimiento es una dimensión estructural de la vida cristiana, porque este consiste en modificar nuestra manera de pensar, de ser, de vivir, de reaccionar.

Tenemos que desprendernos del hombre viejo, tenemos que renegar lo malo que tenemos en el corazón, pues en esos momentos hay llanto, tristeza, dolor y cansancio; pero todo esto se convertirá en alegría.

Por eso, queridos hermanos, andemos con el Señor, andemos detrás de Él, confiemos en sus palabras, entreguémonos a sus palabras y sentiremos desde ya el milagro de la tristeza que se convierte en gozo.

La tristeza es efecto de la pesadez de la vida, el gozo es la manifestación de la vida entregada a Jesús.

Roguemos al Señor, pero sobre todo roguemos al Espíritu Santo que nos vista del don de la fortaleza, de manera que podemos rellenar nuestro corazón del gozo del Señor Resucitado.

Alabado sea el Señor.